

ORACIÓN MAESTROS DE LA  
CIRUGÍA COLOMBIANA

Doctor CÉSAR AUGUSTO PANTOJA

1977

Presentador del orador

Doctor JOAQUÍN SILVA



# Oración 1977

**Doctor CÉSAR AUGUSTO PANTOJA**

Señora, señores:

Mis agradecimientos para los señores miembros de la Mesa Directiva por la distinción que me hacen al ordenarme que instale esta primera oración sobre: "Maestros de la Cirugía Colombiana", dedicada en el presente año de 1977, a la memoria del doctor Rafael Casas Morales, por haber sido este connotado cirujano y gran ciudadano, de selecta prosapia familiar, a más del Presidente de la Primera Asamblea General Constitutiva de la Sociedad, un hombre poseedor de altas cualidades, que con su dedicación al servicio de sus semejantes y el refinamiento de la moralidad, pudo dejar importantes contribuciones en pro del adelanto de la medicina en nuestro país. Todos lo vimos en cada momento desempeñando con cabalidad y corrección las variadas funciones de que se compone el ejercicio de nuestra profesión, en sus diversos campos y distintos géneros de actividades: en la atención médica de los dolientes ostentó este joven facultativo esa misma escrupulosa dedicación que caracteriza al buen médico en cada una de sus actuaciones; en la siempre grata pero continuamente compleja tarea de la docencia, lo encontramos procurando que la juventud dispusiera de las mejores enseñanzas en su preparación, y, que la educación continuada, de que es tipo o modelo la que pone en práctica la medicina, extendiera su amparo renovador a todos los trabajadores de la salud en beneficio del público que, disperso por todos los ámbitos de la república, merece que su cuidado sea objeto de permanente capacitación de parte de los médicos y de sus auxiliares; en la función colegial de las sociedades científicas, fue propulsor de estos mismos fines; en los hospitales se esforzó en la preparación de los planes de mejoramiento, economía y buena organización; y en la vida social y comunitaria estuvo defendiendo, a veces con tozuda rigidez, los principios de la Ética Humanística, de que hace gala la medicina desde sus remotos orígenes.

Esta rápida rememoración de méritos adquiridos con la práctica estricta, científica y generosamente social de la medicina, que se identifica con su representación, erigida en indeleble carácter específico, de indispensable aplicación para preservar la salud, y con ella hacer amable la vida de los pueblos, explica los motivos que animaron a los miembros de la Sociedad Colombiana de Cirujanos Generales para acertar en la escogencia de uno de sus contemporáneos, cuya imagen aún impresiona estos estrados, invitando a un veterano o prolon-

gar el atardecer de la existencia con el estímulo vital de la juventud estudiosa, en la exégesis de los mandatos de la medicina, encontrándolos cumplidos por la persona que supo interpretarlos, aunque con ello se haya diferido temporalmente, volver la atención a las egregias figuras clásicas, que como Pompilio Martínez, Juan N. Corpas, Rafael Ucrós, Gil J. Gil o Pedro Eliseo Cruz, para no mencionar sino a unos pocos, quienes se hubieran sentido complacidos de estar representados por uno de los nuevos, buen continuador de la obra por ellos iniciada, con que se configura claramente que la medicina es una, única en su género, madre de la verdad, protectora de la especie, síntesis del pensamiento imperante en todos los tiempos, arte ennoblecedor, llenos de inagotable caudal de alivios, comprensiones y recursos a disposición de toda la humanidad, haciendo predominar el interés general sobre los transitorios intereses de unos pocos. El desprendimiento, la generosidad, la confidencia, el sentido de la responsabilidad, junto con otras cualidades de todos conocidas, son lemas aquilatados por la evolución, en el curso cambiante de las edades, constituyen un vasto acervo patrimonial de l género humano y de la cultura, en cuanto circunscriben múltiples formas de buenos procederres resplandecientes en la conducta de los predecesores de los científicos de la actualidad, quienes han llegado a ser mucho de lo que cabe en la noción perdurable de ética médica, con su normas implícitas y explícitas de buen comportamiento, reajustables, es verdad, pero en pos de su perfeccionamiento, en conformidad con los usos, las costumbres, los avances, los diversos pueblos, razas, y aun contrapuestas ideologías, sin fundamentales variaciones, como que se armonizan en un común denominador, sostenedor de su autonomía conceptual, donde no es posible confundir lo que es bueno con lo que no lo es.

El médico moderno afectado por las peripecias de la vida actual, fascinado por los grandes progresos de su profesión, sufrido con las incongruencias de la economía y el desproporcionado intervencionismo estatal, que envilecen los del favor y el interés particular o de grupo, se siente reducido de sus naturales proporciones. Entre la angustia de no poder manejar todo el progreso y el temor de permanecer en lo obsoleto, se siente agobiado por las crudas realidades que lo circundan, que pueden hacerlo olvidar, ante el maravilloso presente de su arte científico y social, las penosas pero geniales acciones ejecutadas por ilustres antecesores, quienes bajo el imperio de la moral universal humanitaria, sentaron los fundamentos del desarrollo contemporáneo, no importa cuál haya sido el punto de partida, ni si hubo varios. La hermenéutica de la historia hace saber que fue en la Hélade, en donde floreció un ambiente que congregó las corrientes intelectuales del mundo cultural de entonces, para transformar las abstracciones en objetividades y, con ello, impulsar la era interminable de descubrimientos a que asistimos deleitados. En medicina, desde entonces, para no magnificar el sólo nombre de Hipócrates, sino a la atmósfera que producía las concepciones, se formó el hipocratismo científico, ético y manual, que, con la mecanización de nuestros días, sin solución de continuidad, aunque sí con tran-

sitorias capacidades, continúa siendo la fuente del extraordinario progreso actual. Tampoco contradicen la versión ortodoxa, los rotundos hechos que hacen modificar las nociones originales, por la virtud de los descubrimientos que continúan apareciendo en proporción creciente, lo cierto es que a través de su dilatado recorrido por todos los continentes, la medicina persiste en buscar la perfectibilidad de sus metodologías y de su modelo de ética conceptual, que no es derogable como lo pretende la regresión, sino que admite y persigue las mutaciones sensatas que más convengan a la especie. Merced también a que el objetivo principal es el hombre en sus aspectos físicos, mentales y sociales, ante lo que se rinde la imperfección intrínseca, resulta que ese culto laico cuenta con el atractivo poderoso biológico, preservador de la vida en función de la salud, con que se crea un tipo intelectual y artístico de trabajo, es pragmático por la transmisión que opera de lo abstracto a lo concreto, estilo continuado de una práctica de búsqueda desinteresada de la verdad, cuyas inmensas aspiraciones sin bajos menesteres han llegado a configurar una legión universal de voluntarios, donde cabe la totalidad de los iniciados, a quienes se auxilia en su oficio, sin tasa y sin medida, por esta confraternidad médica mundial, que abre las puertas de las universidades, de los hospitales y demás centros, cuando en quien las toca se descubre el sello inconfundible de este carácter que identifica el oficio con quien sabe ejercerlo, rasgo y privilegio que sólo se pierden cuando se violan los principios universales que animan y hacen generoso el ejercicio.

En su manifestación docente, es lo que se ejecuta en el Curso sobre Avances en Cirugía, de la Sociedad Colombiana de Cirujanos Generales, cuando como puede verse, que con los colombianos participan profesores procedentes de otros lugares de la tierra, que vienen a cumplir la misión divulgadora de la ciencia.

Sólo tengo que añadir mi reconocimiento a los que me han hecho el honor de escucharme, en mi intento de parangonar rápidamente, en este homenaje a la memoria de Rafael Casas Morales, la obra del médico con los elevados fines de su profesión, en que por duras que sean las circunstancias, conducido como debe serlo, el ejercicio de la medicina ofrece amplio campo para desplegar las cualidades superiores de la mente y el sentimiento, que hay sitio en el alma del médico para esos dulces móviles que imprimen a la vida su verdadero valor.